



Capítulo 558: Encuentro de dos dioses nórdicos

El piso del casino parecía respirar al unísono con las luces de neón. El tintineo de las patatas fritas, la risa nerviosa, el sonido metálico de las máquinas tragamonedas—componían una sinfonía de lujo y decadencia. Sin embargo, en esa mesa de juego, la atención mundial parecía converger en una sola figura.

Ella.

Una mujer cruelmente hermosa, envuelta en un vestido negro que parecía tejido por la oscuridad misma. Su cabello largo y negro con reflejos verde esmeralda se deslizaba como seda líquida hasta su cintura. Sus ojos, verdes como antiguas gemas, reflejaban tanto fascinación como amenaza.



Hela.

La diosa nórdica de la muerte jugaba como si ya conociera el destino de todos los presentes en la sala. Sus elegantes dedos tocaron las patatas fritas con una calma casi desconcertante y luego las empujó todas hacia adelante.

"Todo dentro."

El murmullo se extendió por la habitación como la pólvora.

El hombre frente a ella —un jugador arrogante con un traje blanco que no le quedaba bien— le estrechó los ojos y el sudor le goteaba por la frente. Dudó un segundo, pero el orgullo prevaleció.



"Acepto."

Las cartas fueron repartidas.

Y la victoria, inevitablemente, le pertenecía a ella.

La sonrisa que dio Hela fue pequeña, casi perezosa, pero cargada de algo que nadie se atrevió a nombrar.

Su oponente golpeó la mesa con la mano, maldiciendo en voz alta y arrojando blasfemias que mezclaban frustración y desesperación. Pero antes de que pudiera ponerse de pie...

Él palideció.

Su mano se dirigió hacia su pecho.

Se escuchó un jadeo seco, seguido de un ruido sordo cuando su cuerpo cayó sobre las patatas fritas.

Corazón.

El silencio se apoderó de la mesa por un momento antes de que comenzaran los gritos. El personal entró corriendo y pidió seguridad y paramédicos. Los jugadores retrocedieron, algunos rezando, otros filmando con sus teléfonos celulares.

Hela simplemente se puso de pie.





Ni sorpresa ni lástima. Sólo la elegancia de alguien que ha caminado entre vivos y muertos desde el principio de los tiempos.

Sus talones chocaron contra el suelo de mármol como campanas funerarias mientras cruzaba la habitación. Sus ojos verdes brillaban, ajenos al caos que había dejado atrás.

No necesitaba mirar para saberlo: las cámaras la seguían, las miradas se fijaban en ella, los murmullos la acompañaban como una procesión silenciosa.

La puerta de la sección VIP se abrió ante ella sin resistencia. Nadie se atrevió a bloquear su camino.

En el interior, el ambiente era más privado, más lujoso. Las gruesas alfombras amortiguaban los pasos, las paredes estaban adornadas con oro discreto y pinturas caras, y el sonido exterior era sólo un eco lejano.



Eligió una mesa en la esquina, cruzó las piernas con gracia y esperó.

El tiempo parecía duplicarse ante ella. Los segundos se convirtieron en minutos, pero su paciencia era infinita. Después de todo, la muerte siempre espera.

Y luego llegó.

El invitado.

Un hombre de presencia llamativa, con su piel oscura brillando bajo la luz dorada. Su corte de pelo de estilo militar resaltaba la rigidez de su mandíbula. Estaba impecablemente vestido —traje oscuro, corbata ajustada— pero lo



que realmente dominaba eran sus ojos. Ojos intensos y dorados que parecían ver mucho más allá de lo que cualquier mortal podría comprender.

Heimdall.

El guardián de los nueve mundos.

Caminó hacia la mesa con pasos firmes, cada movimiento medido, llevando la disciplina de milenios. Mientras estaba sentado frente a ella, cruzó los brazos sobre el pecho, con una expresión más severa que nunca.

"¿Qué quieres, Hela?" Su voz profunda resonaba como si se estuviera forjando acero.

Inclinó la cabeza y sus labios se curvaron formando una sonrisa casi seductora, casi cruel.

"Oh, no seas así, Heimdall..." murmuró, como si reprendiera a un viejo amigo. "Siempre tan duro, tan rígido." Es como si no te perdieras una buena conversación.

No respondió de inmediato. Él simplemente la miró fijamente, inmóvil, como si intentara anticipar cada movimiento antes de que ella siquiera pensara en ello.

Ella, a su vez, levantó la copa de vino que ya había sido vertida —nadie cuestionó cómo ni cuándo— y agitó el líquido de color rojo intenso, como si fuera sangre.





"Me llamaste aquí", dijo con firmeza, rompiendo el silencio. "Entonces habla. Odín no sabe que estoy aquí."

Sus ojos verdes brillaban bajo la luz dorada.

"Podría hablar de muchas cosas..." susurró. "Pero imagino que de todos modos no escucharías." Ella se encogió de hombros y lo miró.

Tomó un sorbo lento, dejando que el silencio pesara sobre ella antes de continuar.

"Pero no. Hoy quiero hablar... de este torneo."

Heimdall la miró; esta información no era ampliamente conocida por los dioses que Odín odiaba, como Hela. De hecho, sólo lo sabían los grandes líderes y unos pocos dioses importantes o estrechamente relacionados.



Hela, sin embargo... era alguien de quien todos los dioses nórdicos se mantenían alejados. Más aún por su dominio... Helheim, el inframundo nórdico.

Hela apoyó su barbilla sobre su mano y sus dedos se deslizaron perezosamente a lo largo del costado de su copa. Sus ojos verdes brillaban de travesuras.

"Este torneo..." repitió, con la voz entrecortada, casi como si saboreara la palabra. "Dime, Heimdall... ¿participará el viejo Odín?"

El guardián no movía un músculo, pero la intensidad de su mirada dorada delataba que la pregunta no era sencilla. Respiró profundamente, manteniendo el tono controlado.



"No es ninguna sorpresa, Hela", dijo finalmente. "Los Dioses-Reyes no tienen elección." Su sonrisa se amplió, como si hubiera estado esperando esa respuesta exacta.

"Gracias, ¿eh?" Inclino la cabeza, dejando que un mechón de cabello negro verdoso se deslizara sobre su hombro. "¿Incluso el todopoderoso Padre Todopoderoso se ve obligado a bajar de su torre de marfil? Qué delicioso."

Heimdall permaneció en silencio, pero sus dedos se apretaron sobre sus brazos cruzados.

Hela tomó otro sorbo, saboreándolo como si fuera el sabor mismo de la información.

"Ah, cómo me encanta ver estas cadenas invisibles..." murmuró, casi para sí misma. "Tan orgulloso, tan arrogante y, sin embargo, sujeto a las reglas de algo mayor."



Bajó su vaso y lo puso sobre la mesa con un suave tintineo. Luego se inclinó hacia adelante y sus ojos verdes se encontraron con su oro con una intensidad serpenteante.

"Y dime, Heimdall..." susurró, su sonrisa casi cariñosa, pero sus ojos afilados como cuchillas. "¿Lucharás también junto a tu señor? ¿O simplemente tocarás trompetas y verás cómo el mundo se desmorona?"

La pregunta flotaba en el aire, llena de veneno y curiosidad.

Heimdall respiró profundamente, pero su expresión permaneció firme como una piedra.

"Mis deberes no son asunto tuyo."

"Oh, qué protector." Hela se rió suavemente, inclinándose aún más para que las puntas de su cabello casi tocaran la mesa. "Bueno, sólo quería saber... después de todo, también traeré a alguien al torneo. Espero que encuentre al guerrero de Odín. Será interesante."

Heimdall entrecerró sus ojos dorados y finalmente dejó que su máscara de neutralidad flaqueara. Hela rara vez hablaba con acertijos tan directos—si mencionaba a alguien, había intención.

"¿Una persona?" repitió, con la voz cargada de sospecha.

Hela simplemente sonrió, jugando con el borde de su taza como lo haría un niño con la hoja de un cuchillo.

"Sí. Una nueva pieza en el tablero..." dijo en voz baja. "Y, como todas las piezas buenas, chocará con otra. Sólo espero que tu trompeta esté lista para sonar cuando eso suceda."

Los ojos dorados brillaban con un resplandor más brillante y Heimdall se inclinó ligeramente hacia adelante. Por primera vez, había algo cercano a la curiosidad en su postura.

"Si me llamas aquí sólo para arrojarle veneno a Odín..." Su voz se endureció, cortante. "Entonces la conversación termina."

Desplegó los brazos, como si estuviera a punto de levantarse en ese mismo momento.





Pero Hela levantó la mano, delicada, casi perezosa, y el gesto fue suficiente para hacerle dudar un momento.

"Oh, Heimdall..." Ella suspiró y su sonrisa se ensanchó, volviéndose casi infantil en su crueldad. "No es veneno. Es profecía."

Él la miró en silencio, con la mandíbula puesta.

"Pronto, tu rey morirá."

Sus palabras cayeron como piedras en el silencio de la sala VIP.

El guardián no respondió de inmediato. Cada fibra de su ser quería saltar en defensa de Odín, negarlo con todas sus fuerzas. Pero debajo de la disciplina, Heimdall lo sabía: Hela no hablaba sin propósito. Y cuando hablaba de la muerte... rara vez se equivocaba.



"Cuidado con tu lengua, Hela", gruñó suavemente, sus ojos dorados brillaban como un amanecer a punto de amanecer. "O ella será la razón de tu propia caída."

Ella se rió. Una risa suave, encantadora y macabra a la vez, que parecía resonar entre las paredes como un viento frío.

"¿Caída?" Ella se inclinó hacia atrás y levantó su taza nuevamente. "Querido guardián... Ya me he caído. Ya soy el abismo."

Ella levantó su vino, los reflejos rojos pintaban su rostro como sangre.



"Y tu rey..." terminó, casi en un susurro, con sus ojos verdes parpadeando como cuchillas. "Está a punto de unirse a mí."

Heimdall se puso de pie y la silla crujió bajo el peso de su decisión. Todo su cuerpo estaba tenso, como un arco dibujado y listo para disparar.

"Entonces mantendré los ojos abiertos más que nunca," declaró, cada sílaba firme como una piedra. "Porque si tu profecía se atreve a hacerse realidad... yo estaré allí."

Hela simplemente levantó su copa en un brindis silencioso y su sonrisa nunca se desvaneció.

"Estarás," murmuró, satisfecha. "Eso es lo que quiero... después de todo... Ragnarok sucederá. Sea lo que sea."

